



Pepito, el italiano

La historia de Pepito comienza en Puerto Callao, en Perú. Son los años en que la mentalidad de los pueblos está controlada por el querer del cura párroco y la comisión parroquial, para quienes todo cuanto no se adecua a su particular idiosincrasia, es tachado de mundano, y por lo tanto, prohibido. En este "Index" se encontraban, por ejemplo, los parques de diversiones y sus espectáculos.

Hasta allí llegó aquel Parque, en momentos en que se celebraba la fiesta patronal. Constituían su elenco dos payasos, un dúo que interpretaba valses y un ventrílocuo. Oficio sospechado este último, porque los pocos que existían utilizaban sus personajes para desfogar sus instintos y prorrumper en expresiones soeces delante del público. Tiempos en que subir a un escenario sin corbata ¡y hasta sin maquillaje!, resultaba agravante para el público.

Aquellos bien intencionados hombres y mujeres de la comisión parroquial no podían haber conocido nunca un ventrílocuo, ya que éstos sólo se encontraban en los cabarets. Prejuzgando, denegaron la autorización para que aquél desempeñara su arte.

Sin embargo, el animador, curioso de esta variante, perfeccionó la manera de procurar que subiera al escenario. Mediante un engaño así ocurrió -y Raulito, tal el nombre de aquel muñeco de cartón- desarrolló su número. El éxito de aquella presentación mereció el reconocimiento de la Comisión ¡y hasta del propio cura párroco!; porque había sido muy dulce, muy infantil; al final de cuentas, el parque era familiar.

Entre los asistentes se contaba un anciano de ochenta y seis años, que complacido con el espectáculo, invitó a aquel ventrílocuo a comer a su casa. Aquel hombre que vivía sólo con su hija, poseía un taller donde se atesoraban casi doscientos años de tradición familiar tallando santos y personajes

religiosos. Ya su abuelo y su padre tenían este arte.

Ese hombre escondía un sueño. De niño, en cierta ocasión su padre lo llevó un día a una iglesia, pues debía reparar una imagen del Justo Juez. Cuando estuvo frente a la imagen, observó que una mujer entrada en años le hablaba. Como cosa de niño, le dijo a la mujer que no le hablar, pues el santo no le iba a contestar, porque era una talla hecho por su abuelo.

De allí en más, a cada santo que luego talló en su vida le habló, pero nunca obtuvo respuesta; de allí entonces que se le fijara como un sueño, aquello de escuchar a una imagen hablar, la pretensión de concebir por sus manos una talla que hablara.

El día que conoció el ventrílocuo, supo que podría hacer realidad ese sueño, y le ofreció a aquél artista tallar un muñeco, que incluso tuviera sus rasgos (del ventrílocuo), cumplido el anhelo, le obsequiaría el muñeco.

Utilizó el artesano una madera muy especial, un trozo que colgaba en el galpón desde tiempos de su abuelo, quien ya entonces la había separado con la idea de tallar algo que fuera un juguete para chicos, pero que ni él, ni su hijo, ni aún el propio artesano habían podido realizar.

En tanto, el parque había continuado su andar trashumante, buscando otro destino donde desplegar su magia. Con él, había partido también el ventrílocuo.

En noventa días había sido sellado el pacto para que la madera deviniese en muñeco, con la sola ilusión de escucharlo hablar una vez. Transcurrido el término, el ventrílocuo retornó al Callao en busca de su muñeco, pero el artesano había muerto, lo encontraron con el muñeco entre sus manos, casi terminado; no había podido cumplir su sueño de escucharlo hablar.

La negativa de la hija fue la única respuesta

que recibió el ventrílocuo a su pretensión de hacerse del muñeco prometido. Dispuesto a luchar por su posesión, dio comienzo una vigilia de casi cuarenta días frente a la vivienda de la ahora poseedora del muñeco. Sólo el silencio, a la salida matutina y al regreso vespertino. A veces la indiferencia, otras el insulto, eran las únicas respuestas, pero del muñeco, nada.

Cansada de este singular asedio, cierto día, la mujer bajó de su transporte, portando un paquetito de masas, invitó al incómodo vigilante a pasar y a tomar el té. Extendió sobre la mesa un mantel, frente al que hizo notar que sólo se colocaba en grandes ocasiones; lo mismo con las tazas y los cubiertos, todo era utilizado sólo cuando visitaban la casa personas importantes: obispos, gobernadores, intendentes, siempre personajes relacionados con la Iglesia.

El ventrílocuo, en aquella ocasión, era importante.

Terminado el té, la mujer se sentó frente al ventrílocuo y le espetó que no se levantaría hasta que no asegurara entender lo que le explicaría. Recorrió la historia familiar desde su bisabuelo, todos, quienes sólo habían tallado santos durante toda su vida, y sólo su padre había osado realizar algo que no fuera un santo, un muñeco, algo mundano y que estaba en contra del pensamiento eclesiástico. Revelaba un conflicto espiritual propio de esa educación, y veía en la muerte de su padre un castigo divino. Dios le había arrebatado la vida para que el muñeco no llegara a menos del ventrílocuo que le daría vida.

Además, su padre no había conocido nunca el reclamo de nadie por no entregar un trabajo. Desde que se diera a la tarea de tallar el muñeco, eran muchos los que tocaban la puerta reclamando que no había entregado el trabajo.

Finalmente, y a pesar de todo, ese muñeco era la última obra de su padre, por la cual según ella, había muerto, pues lo encontraron tirado sobre su mesa con el muñeco en la mano, ya casi terminado: sólo faltaba ensamblarlo.

Partió así el ventrílocuo vencido por la tristeza y el desánimo. Por buscar su muñeco había perdido todo: su ropa, su trabajo... y el tiempo. Sólo le quedaba una valija en la cual viajaba Raulito, un muñeco de cartón. Así anduvo vagabundo, cuando un día un representante de circos y parques apellidado Santuzzi, lo encontró y le ofreció trabajar. Se inauguraba un nuevo casino y se precisaba un espectáculo para el cual el ventrílocuo era ideal. Tan excepcional era este arte, que hasta lo llevaron a un hotel y le compraron un trajecito. Así llegó el día en que el dueño del local quería conocer a este personaje.

El arribo resultó impresionante para aquél

artista acostumbrado al polvo de los caminos y las tablas de los escenarios ambulantes. Una alfombra cubría la vereda. El interior, suntuoso, lucía la madera y el vidrio. En el interior sólo una mesa era ocupada por cuatro personas, al acercarse, tarjeta en mano, con sorpresa comprobó que una de las ocupantes, era la hija de aquel carpintero, a cincuenta kilómetros de su casa, un día de viaje para la época.

Al encuentro siguió hasta el olvido del motivo que lo había llevado hasta allí. Sin embargo, por toda respuesta recibió el recordatorio de que no quería verlo más. Pero había olvidado un detalle, ya no estaban en Puerto Callao, estaban en Lima, es decir, ella "había ido en busca del ventrílocuo".

Los demás asistentes ya conocían la historia del muñeco. Además en aquél último encuentro sólo había hablado ella, era el turno del ventrílocuo. Éste le dijo entonces, que había sido su padre quien lo había invitado a su caso y de propia voluntad le había ofrecido tallar el muñeco para que hablara, era un sueño de su padre, algo que quería cumplir y que había anhelado toda su vida y que él con su arte se había convertido en aquél momento en el medio para hacer realidad aquellas aspiración. El que se muriera no significaba que Dios lo hubiera castigado por hacer un muñeco; al fin de cuentas, él sólo estaba buscando un regalo prometido por su padre y la obligación de ella era dárselo, pues era una promesa de su padre, y éste había cumplido siempre con su palabra.

No obstante ello, atendiendo a que el muñeco era parte de sus sentimientos, el ventrílocuo estaba dispuesto a aceptar que no se lo diera. Sólo le pedía que ambos cumplieran con el sueño del artesano: hacer que el muñeco hablara.

Cumplido eso, ella tendría un muñeco armado, la última obra de su padre, podría sentarlo y contemplarlo, y ya no sería un montón de madera.

Acordaron así que el muñeco hablaría por primera y última vez en aquél espectáculo prometido, donde el dueño del local era precisamente uno de los asistentes a la mesa. Armaron el muñeco, la hija del tallador le cosió alguna ropa y así quedó terminado.

El día del estreno lo llevó en un bolso rojo y

en un camarín improvisado, se lo entregó al ventrílocuo.

Llegados al escenario, artista y muñeco, ambos se miraron, se dieron cuenta de algo: no se conocían. No tenían libreto, ni siquiera nombre para el muñeco. Sólo el oficio podía superar ese trance frente al público. Así, le preguntó:

- Ud., ¿cómo se llama?

- Pepito, respondió el muñeco y me quiero ir a mi casa.

Luego, el muñeco añadió:

- Vos me vas a llevar a recorrer el mundo, a conocer gente, pero no voy a volver a mi casa, porque yo fui creado para eso. Porque yo soy árbol. Porque un hombre quiso tener de compañero un árbol y me puso en un lugar para el disfrutarme. Y yo en agradecimiento a que él me dio esa vida al plantarme, le di mi sombra cuando él estaba cansado y agobiado, le di mi fruto cuando tenía hambre y le di mis ramas para que los pájaros hicieran sus nidos y con sus trinos aliviaran mi espíritu.

Cuando este hombre desapareció, vino otro, y me arrancó de cuajo, sin preguntarme si quería o podía, sin calcular todo lo que había servido. Y aún muerto, le seguí sirviendo, porque yo como madera fui el bastón en su ancianidad, o la muleta de la pierna que le quitó el destino, y fui la mesa para que pusiera su alimento y una guitarra para que el descansara su espiritualidad.

Mientras esto transcurría en el escenario, abajo, en la primera fila, la hija del aquel carpintero sufría un desmayo. En el revuelo, el ventrílocuo bajó al camarín, tomó el muñeco que ahora ya se llamaba Pepito, lo colocó en su bolso rojo y se dispuso esperar a que la mujer se recuperara.

Cuando se recobró, la mujer le dijo:

-el muñeco es tuyo, no te lo doy yo, te lo da mi padre. Porque él solía hablarle a la madera, siempre lo hacía, era su identificación con ella. Lo que le hablaba a la madera y lo que hablaba de la madera, era lo que hoy dijo Pepito, entonces, lo sentí hablar a mi padre.

Hay algo más, yo tuve un hermano mayor, se llamaba José y le decíamos Pepito, y esto no lo sabías. Entonces es como si mi padre hubiese hablado, por eso te doy el muñeco y te pido algo: no quiero verte nunca más.

Aquella noche, caminando entre las sombras, sin despedirse de nadie, partió el ventrílocuo. En el bolso portaba un tesoro: un muñeco tallado de madera, algo muy caro para un artista, pero que en lo sentimental tenía un valor incalculable. Llevaba un personaje hecho a su medida. Un hombre que toda su vida había tallado sólo santos, había construido una caricatura de su persona.

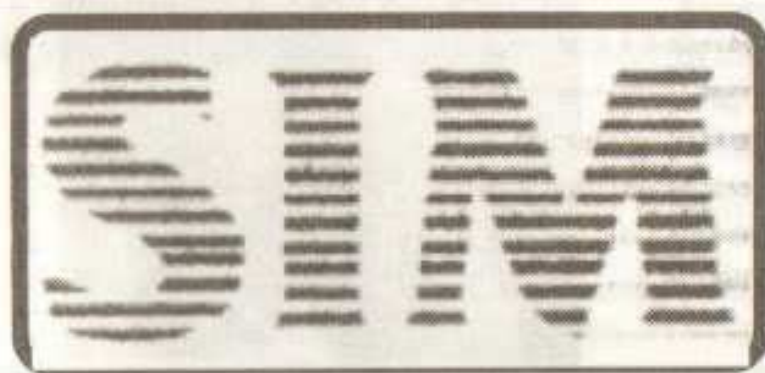
Pasaron muchos años. Pepito tuvo mucho éxito, si bien con una rutina, con un libreto propio, su magia es improvisar. Es siempre creativo, en cada escenario crea. Es él quien dice todo. Ya no es el ventrílocuo quien actúa, es Pepito. Y ésta es la magia del artista, si el personaje existe para él, también existe para el público, es algo que ya el artista no maneja, porque ahora, es Pepito quien tiene una vida propia

Rodolfo Aredes:

Hijo de María Cruz Aredes y Luis Lucci, lleva un apellido siciliano; y en su dilatada carrera de artista ha ejercitado las variadas suertes: ventrílocuo, mago, tiritero, humorista, actor, fonomímico. Es quien acompaña desde hace décadas a Pepito por los caminos de los sueños, cumpliendo la sublime misión de alegrar a los niños, y de recordar a los mayores, cuánta alegría puede existir en continuar sintiendo como niños.-



Equipamientos Hospitalarios



Caseros 975 - C.P. A4400DMS Salta - Tel/Fax: (0387) 421-3755/431-0853
Cel: (0387) 155-829412 - e-mail: sim@salta-server-com.ar